

ANÍBAL Y LOS GRIEGOS

Pedro Barceló
Universitat Potsdam

Al formular el tema "Aníbal y los griegos" pensamos en primer lugar en la fase final de su agitada biografía. Es a partir del año 195 a.C. cuando el insigne estratega cartaginés, acorralado por sus enemigos y bajo la tremenda presión de Roma, se ve obligado a abandonar Cartago definitivamente para dirigirse al exilio. Este le llevará a recorrer gran parte de la cuenca del mediterráneo oriental. Efectivamente durante una docena de años Aníbal reside en el mundo griego-helenístico, se implica profundamente en sus avatares políticos, consigue integrarse a él, formando parte de esta civilización amenazada por los implacables apetitos territoriales de Roma. Sin embargo y como a continuación vamos a esbozar el epílogo griego en la vida de Aníbal sólo es comprensible si lo enlazamos con sus anteriores fases no menos impregnadas del mismo espíritu.

Pasemos inicialmente a observar detenidamente los pasos de Aníbal desde el momento que huye apresuradamente de Cartago. Al cabo de un largo viaje en barco pleno de peripecias, llega a Éfeso haciendo escala previamente en Tiro (metrópoli fundadora de Cádiz y Cartago), donde fue bien acogido, así como en Antioquía. En Éfeso se reúne con el rey Antíoco III (otoño del año 195 a.C.), descendiente directo de Seleuco, legendario general de Alejandro Magno, fundador de la dinastía seléucida, cuyo dominio territorial se extiende sobre Siria y gran parte del Asia Menor. Con seguridad, el monarca seléucida se alegra de recibir en su corte al famoso rival de los romanos; esperaba obtener de él información de primera mano sobre la situación política en el Mediterráneo occidental. Apenas puede disimular el gran interés que tiene por hacerse una idea del potencial político y militar romano.¹ Antíoco III mantiene desde hace tiempo relaciones tensas con Roma. Recientemente, los romanos, en la conferencia de Lisimaquia, le habían conminado a renunciar a sus derechos de soberanía sobre unas ciudades conquistadas por el monarca seléucida, que habían estado anteriormente en poder de los Antigonidas, respectivamente de los Tolomeos. Antíoco III considera la manera de proceder de Roma como una intromisión injustificada que no tiene porqué tolerar. Es fácil imaginarse cómo Aníbal intenta cimentar su actitud crítica hacia Roma: moviliza todo su poder de persuasión para convencer al rey seléucida sobre la necesidad de actuar

1. Sobre la estancia de Aníbal en la corte del rey Antíoco III, véase LANCEL, S. *Hannibal*. Eine Biographie, Düsseldorf-Zürich 1998, 318-338.

preventivamente respecto a Roma para disuadirla de cualquier actividad imperialista en el Mediterráneo oriental.

Aníbal ve la oportunidad de abogar por un nuevo ataque contra Italia que obligue de una vez por todas a los romanos a retirarse a su propio territorio. En este sentido, presenta a su anfitrión un proyecto de guerra, esto es por lo menos lo que asegura Tito Livio, según el cual, el rey seléucida concedería a Aníbal los recursos necesarios para que al frente de una armada se dirigiera hacia Cartago, con la misión de fomentar la guerra en la retaguardia de Roma.² Entre tanto, Antíoco debería ocuparse de iniciar las hostilidades en Grecia y de estar preparado para invadir Italia en el momento más oportuno.

Este plan llega a conocerse en Cartago, donde los enemigos del partido bárquida se apresuran a sacar provecho de la situación. Convencen a las autoridades cartaginesas de que manden una delegación a Roma con el objetivo de desvelar los proyectos de Aníbal y de su socio, el rey Antíoco III. De esta forma quieren ganarse la confianza de los romanos. Esperan obtener como compensación apoyo contra las pretensiones de Massinisa, que no cesa en presentar exigencias territoriales inaceptables para Cartago y que sigue contando con la benevolencia de Roma.³

Los romanos reaccionan ante tales noticias despachando dos misiones diplomáticas. Una, a la que pertenecía Publio Cornelio Escipión, se dirige a Cartago con el fin de recabar informaciones más detalladas así como para intimidar a los miembros del partido bárquida con su presencia y exhortarlos a que se distancien de los planes de Aníbal.⁴

Los otros emisarios romanos se desplazan a la corte del rey seléucida, Antíoco III. Cuando llegan los embajadores romanos, éste no se halla en Éfeso, sino en Pisidia, donde lleva a cabo una campaña militar. Sin embargo, los romanos encuentran en Éfeso a otro interlocutor no menos interesante: Aníbal.⁵ La delegación romana utiliza el encuentro para sembrar la discordia entre Aníbal y Antíoco III, lo que consigue en parte. A causa de esto la situación de Aníbal en la corte de Antíoco III se está haciendo cada vez más complicada.⁶ Si las dos grandes potencias consiguen estipular un acuerdo, esto significaría para Aníbal el inminente peligro de ser sacrificado ante el altar del entendimiento romano-seléucida. El fugitivo cartaginés se mueve en un terreno pantanoso, debe andar con cuidado y extremar la precaución. El acreditado estratega se halla de pronto en el centro de un ovillo de intrigas difícil de deshacer. Por suerte para él, la delegación romana no logra colmar sus objetivos y tiene que regresar a Roma, dejando el contencioso sin resolver.

2. Véase LIVIO XXXIV 61,1.

3. LIVIO XXXIV 61, 16.

4. HOLLEAUX, M., *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques*, Paris 1927, 184 ss.

5. LIVIO XXXV 14, 2-3.

6. POLIBIO III 11, 2.

Al fracasar el último intento de llegar a un acercamiento de posiciones, la guerra entre el reino seléucida y Roma es un hecho inevitable. Aníbal se encargará, según su plan, de incitar a la rebelión contra el dominio romano en el norte de África. Acompañado de una pequeña flota, zarpa primeramente hacia Cirene. Desde allí quiere informarse de la situación política de Cartago. No tarda en percatarse de que en el seno de la ciudadanía púnica los ánimos están divididos, ya que los enemigos de los Bárquidas demuestran interés en llegar a un acuerdo con Roma y no quieren arriesgarse a una guerra que a su parecer tiene pocas posibilidades de éxito.

Pese a la indecisión reinante dentro de las clases dirigentes, Aníbal no pierde la esperanza de que se presente otra oportunidad más propicia para cambiar el panorama político de Cartago. Tanto más cuanto la respuesta que obtiene a una consulta del mítico oráculo libio de Amón, que ya fue visitado por Alejandro Magno antes de su batalla decisiva contra el imperio persa, le había sido favorable; lo que le da ánimo para seguir porfiando. Como por el momento no tenía nada que hacer en el norte de África, regresa a Asia para participar al lado de Antíoco III en las inminentes campañas contra Roma (192 a.C.).

Sin embargo, los próximos sucesos se desarrollan de manera muy diferente a los deseos de Aníbal. La largamente planeada invasión de Grecia está siendo puesta en práctica por un Antíoco III poco entusiasmado en el menester. A falta de una concepción política y estratégica clara, el ejército expedicionario, absolutamente insuficiente y mal preparado, se dispersa en numerosas acciones inconexas que no logran el éxito deseado.⁷ El gran proyecto diseñado por Aníbal de acosar a su rival desde el norte de África, mientras Antíoco III desde Epiro controla el territorio griego y amenaza simultáneamente el sur de Italia, quedará muy lejos de poder ser realizado. Pese a eso, tales planes no pasan desapercibidos, y la opinión pública griega, que toma partido fervoso por tan sugestivos proyectos, registra la beligerancia de Aníbal contra Roma con simpatía y benevolencia. Un ejemplo de ello es la profecía de Boupalos, según la cual, el airado Zeus acabaría con la dominación romana. Flegón de Tralles⁸ cuenta cómo el hiparca Boupalos, varias veces herido en las Termópilas, se pone en camino hacia el campamento romano para comunicarles el mensaje divino y conminarlos a desistir de su empeño de hacer la guerra en suelo griego.

La expedición de Antíoco III a través de Grecia, mal dirigida y peor llevada a cabo desde su comienzo, fracasa estrepitosamente. Las tropas seléucidas son derrotadas en las Termópilas por las legiones del cónsul Manlio Acilio Glabrio (191 a.C.). Como consecuencia del grave descalabro tienen que abandonar Grecia y retirarse al Asia Menor. Una sola batalla había bastado para expulsar a Antíoco III de Europa y frustrar sus sueños de grandeza. Los romanos, por su parte, desisten en perseguir al enemigo;

7. LANCEL, S., *Hannibal*, 328 ss.

8. FGrHist 257 F 36 III

y así Antíoco III gana un tiempo precioso que le permite preparar la defensa en Asia Menor ante el inminente avance romano.

Aníbal no participa activamente en la campaña de Grecia. Es enviado a Fenicia con la misión de requerir una flota para la protección de Asia Menor. Antes de llegar a Side se produce un combate entre la armada seléuquida y la rodia, que ganan los rodios, aliados con los romanos.⁹ Desde luego Rodas no era cualquier enemigo. Hacia tiempo que la dinámica ciudad desempeñaba un importante papel en el Mediterráneo oriental. Su comercio era el más activo del mundo helenístico. Sólo los ingresos anuales en derechos portuarios superaban el millón de dracmas. Dado que esta cifra constituía cerca del dos por ciento del valor de las mercancías que pasaban anualmente por el puerto de Rodas, su importe global estaría en el orden de unos cincuenta millones de dracmas, es decir 8.300 talentos de plata,¹⁰ lo que nos da una idea aproximada de los recursos y el poderío de la ciudad, comparable a Cartago en sus mejores tiempos.

Resulta incomprensible el hecho de que Antíoco III encargue a Aníbal la dirección de una operación marítima, en lugar de conferirle un importante mando al experimentado estratega, o, por lo menos, incorporarlo a su estado mayor como asesor en la decisiva batalla terrestre de Magnesia, en la que el ejército romano pisará por primera vez el suelo asiático (189 a.C.).

Durante el transcurso del conflicto romano-seléuquida, Cartago, estado vasallo de Roma, no permanece con los brazos cruzados. Cumpliendo fielmente los preceptos de la alianza contraída con Roma a través del tratado del año 201 a.C. Cartago pone seis barcos a disposición del almirante romano Cayo Livio Salinator. Además, los cartaginenses suministran a las tropas romanas cereales. También se ofrecen, a pagar de una vez, las cantidades que adeudan en concepto de reparaciones de guerra. Teniendo en cuenta de que se trataba de una exorbitante suma, cabe pensar que las reformas fiscales puestas en vigor en Cartago durante el periodo del gobierno de Aníbal (196 a.C.) habían surtido efecto y conseguido además sanear rápida y eficazmente la finanzas del estado cartaginés. Sin embargo, los romanos rechazan esta oferta de liquidación de los plazos pendientes. Parece ser que con ello querían seguir haciendo recordar a los cartagineses lo dependientes que eran de Roma.

Tras el triunfo de las legiones romanas sobre el ejército seléuquida en Magnesia, ratificado posteriormente por el tratado de paz de Apameia (188 a.C.), el general romano Lucio Cornelio Escipión exige de Antíoco la entrega de Aníbal. Pero el monarca seléuquida no se muestra dispuesto a cumplir el requerimiento que hubiera supuesto traicionar a su antiguo aliado. Al percatarse que no puede mantenerlo más tiempo en su corte, le facilita la huida.

9. Livio XXXVI 23, 2.

10. Polibio XXX 31.

Unos cinco años después de salir apresuradamente de Cartago, se reanuda la odisea de Aníbal. El legendario enemigo de Roma vuelve a convertirse en fugitivo. El número de lugares en los que aún podía exiliarse había disminuído considerablemente merced a los progresos de la expansión romana en el Mediterráneo oriental. ¿Qué ciudad, qué gobernante iba a osar entrar en conflicto con los romanos concediéndole a él el derecho de hospitalidad?

En el puerto de Side, en Asia Menor, Aníbal zarpa en un barco que le llevará hasta Creta, donde se detiene en la ciudad de Gortyn (verano 189 a.C.). De su estancia allí nos enteramos a través del famoso episodio sobre el oro de Aníbal. Cornelio Nepote nos ha legado la siguiente crónica de los eventos: "Él (Aníbal) llenó varias ánforas de plomo pero cubrió el borde con una fina capa de oro. En presencia de las autoridades cretenses las llevó al templo de Artemisa, e hizo como si le encomendara su fortuna en fe y fidelidad. Después de haberles engañado de esta forma, llenó estatuas de bronce, que había traído consigo a la isla, y las dejó en el antepatio de la casa donde habitaba como si no tuvieran ningún valor."¹¹

Dado el fuerte componente anecdótico de la narración, que oscila entre la leyenda y la realidad, es bastante problemático pretender indagar su fondo de veracidad. Además, el episodio aparece impregnado de lugares comunes: los astutos cretenses, quienes tenían fama de rapacidad, y el prototipo del hombre púnico, ávido de riquezas, son los ingredientes de una trama cuyo mensaje histórico, si es que lo tiene, es imposible descifrar.

En cualquier caso, Aníbal no permanece mucho tiempo en Creta, ya que la presencia romana en la región aumenta constantemente y esto le hace sentirse amenazado. Antes de finalizar el año 189 a.C., se pone en camino hacia Armenia.¹² El lejano país situado entre el Caúcaso y Mesopotamia había conseguido, bajo el reinado de Artaxias, independizarse del imperio seléucida. Es posible que Aníbal hubiera trabado amistad con el monarca armenio a través de una común estancia en la corte de Antíoco III. Al llegar a Armenia, Artaxias le encarga la superintendencia de las obras públicas del reino, lo que implica la construcción de la nueva ciudad residencial Artaxata. El proyecto se materializa siguiendo los bocetos de Aníbal, que es quien diseña los planes del nuevo centro de la monarquía armenia. Sin embargo, esta novedosa faceta en la vida del renombrado cartaginés (quien a sus méritos de estratega y estadista suma ahora el de técnico en urbanismo) no durará mucho. Sobresaltado por el aumento de la influencia romana en Asia Menor, Aníbal decide abandonar el país y buscar un refugio más adecuado, capaz de proporcionarle mayor protección contra el hostigamiento de Roma.

11. CORNELIO NEPOTE, *Aníbal* 9.

12. ESTRABÓN XI 14, 6; PLUTARCO, *Vida de Luculo* 31, 4-5.

Este lo encuentra en Bitinia, rica y apacible región lindante con el Mediterráneo y el Mar Negro, cuyo soberano Prusias estaba enemistado con los romanos a causa de su conflicto permanente con el mejor amigo de Roma en Asia Menor, el rey de Pérgamo. Tan pronto como llega allí, Aníbal se verá envuelto en los conflictos entre Bitinia y Pérgamo, y de nuevo, vuelve a ser requerido su talento de experto militar. Como ya hizo en Armenia, también en Bitinia, siguiendo una orden del rey Prusias, Aníbal esbozará los planos de la ciudad de Prusa (Bursa) convertida en la nueva residencia real (184 a.C.).¹³

El último episodio de la vida de Aníbal comienza en el momento en que aparece el emisario romano Tito Quintio Flaminio en la corte del rey Prusias de Bitinia (183 a.C.). Había llegado allí como árbitro, para mediar en el secular conflicto entre Pérgamo y Bitinia, pero pronto la cuestión sobre el futuro de Aníbal, residente en Bitinia, llegará a acaparar la atención del representante de Roma que no dejará escapar esta ocasión para ajustar las cuentas con el fugitivo cartaginés. Sobre los hechos que a continuación suceden, nos han llegado varias versiones. Según la interpretación que se les quiera dar, la responsabilidad de la muerte de Aníbal recae en el rey Prusias de Bitinia o en el embajador romano Tito Quintio Flaminio.¹⁴

Como hemos podido observar, esta última y dramática fase de la vida del ilustre cartaginés aparece intimamente ligada a todo lo que sucede en el mundo griego.¹⁵ Aníbal se desenvuelve en él como si estuviera en casa propia, actúa en nombre de estados griegos y siempre parece haber gozado de vastas simpatías en la opinión pública helena. No son pocos los griegos que ven en Aníbal un dique de contención contra las imperiosas pretensiones de Roma, la cual aspira en convertirse en el árbitro de todo el mundo mediterráneo.

Esta última fase de la biografía de Aníbal lejos de ser la primera toma de contacto entre el estratega púnico y el mundo helenístico es más bien la culminación lógica de un proceso cuyos inicios hay que buscarlos en su juventud. Aníbal crece en Cartago, una dinámica ciudad en plena fase de helenización. La predominancia de las influencias culturales griegas es enorme. Una muestra de ello la obtenemos al observar la educación que recibe el joven noble cartaginés. Sosilo de Esparta, un acreditado historiador es su principal maestro. Le imparte enseñanzas en lengua griega que Aníbal llegará a dominar perfectamente. Su formación se desarrolla entre el campamento de su padre Amílcar y la república de las letras griegas. No es por tanto extraño que cuando Aníbal se lance a desafiar a Roma le siga un

13. PLINIO, *Historia natural* V 148.

14. LIVIO XXXIX 51, 9.

15. La llamada "carta de Aníbal a los atenienses" es de interés en este contexto ya que no faltan las interpretaciones que consideran su texto como una expresión de la conmoción que produce la muerte de Aníbal en la opinión pública griega. Véase BRIZZI, G., *Annibale. Strategia e immagine*, Perugia 1984, 101.

núcleo de intelectuales griegos adictos a su causa. Para valorar debidamente el peso específico del mundo político y cultural griego en las concepciones de Aníbal debemos remontarnos al momento cuando se origina la gran crisis a raíz de la conquista de Sagunto (primeros meses del año 218 a.C.).¹⁶

En medio de la agitada situación reinante, en la que la declaración de guerra por parte de Roma puede acontecer en cualquier instante, Aníbal toma una determinación irreversible. La iniciativa de retar al temible adversario partirá de él y de nadie más que él. Inmediatamente hace fletar una embarcación con la que, a pesar de las adversidades de la estación, pues estamos en pleno invierno, se traslada a la atlántica ciudad de Cádiz. El viaje sólo dura unos pocos días; los indispensables para reponer provisiones y hacer escala en algún puerto del trayecto. Urgía llegar cuanto antes a la meta prevista.

Será allí, semanas antes de ponerse al frente de su ejército en la mediterránea Cartagena para emprender el camino hacia Italia, donde se iniciará el conflicto bélico de mayor envergadura visto hasta entonces. El escenario escogido es el santuario de Melqart. A este famosísimo templo de indiscutible prestigio acude Aníbal para obtener la aprobación divina a sus ambiciosos planes.¹⁷ Pero su visita al santuario gaditano encierra un significado mucho más complejo. El dios fenicio-cartaginés Melqart estaba desde hacía mucho tiempo equiparado a la deidad griega Herakles (Hércules).¹⁸ Al rendir homenaje a Melqart/Herakles, que gozaba de amplia aceptación y popularidad en el mundo fenicio-griego, Aníbal se aseguraba las simpatías de sus venerantes. Sabemos que el recinto sacro del Melqart gaditano estaba adornado por una estatua dedicada a Alejandro Magno, emblemático símbolo de la unidad cultural del mundo griego, y personalización de la exitosa conclusión de empresas audaces. Lo que a primera vista parece un mero acto de devoción religiosa se revela como un llamamiento a la solidaridad que alude a medio mundo mediterráneo. Esta hábil maniobra, con seguridad debidamente premeditada y luego divulgada por doquier, está revestida de una connotación política considerable. Poco antes de estallar las hostilidades, Aníbal se estiliza como campeón de la civilización fenicio-griega y aliado natural de los múltiples pueblos pertenecientes a ella, fortaleciendo con la exaltación de la deidad común los lazos existentes. Al mismo tiempo, la visita al santuario gaditano encierra un mensaje y una propuesta de adhesión dirigida a todos aquellos que estaban enemistados con Roma. En este sentido, la llamada segunda guerra púnica comienza en Cádiz.

16. BARCELÓ, P., "Rom und Hispanien vor Ausbruch des 2. Punischen Krieges", en: *Hermes* 124 (1996) 45 ss.

17. LIVIO XXI 21, 9.

18. HUSS, W., "Hannibal und die Religion", en: *Studia Phoenicia* IV 1986, 229; LÓPEZ CASTRO, J. L., *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Barcelona 1995, 29-31.

La ofensiva ideológica precede a la militar. Al utilizar motivos religiosos e insertarlos en su dispositivo propagandístico, Aníbal obra como ya antaño lo hicieran una serie de célebres predecesores. Del mismo modo también había actuado Alejandro Magno al desafiar al imperio persa. De una edad comparable a la de Aníbal, Alejandro, siguiendo los pasos de Herakles e imitando al mítico Aquiles, después de ofrendar un sacrificio en Aulis, se lanzó a la aventura de la conquista del oriente.¹⁹ Al igual que Alejandro, quien había redimido a los griegos del Asia Menor de la dominación persa, Aníbal, provisto del bagaje ideológico de su legendario antecesor, incita a los griegos de occidente a liberarse del yugo romano. Aprovechándose de la leyenda de Gerión, Aníbal transmite un mensaje inequívoco a sus contemporáneos. Según ese popular mito, el enérgico Hércules, después de perseguir al gigantesco Gerión hasta los confines del mundo, le vence, se apodera del ganado robado y lo traslada recorriendo Hispania y Galia hasta Italia, donde ajusticiará al ladrón Caco.

En la mente de este joven estratega cartaginés, de apenas 28 años, se fragua un proyecto temerario. Se trata nada menos que de convocar una movilización global contra Roma, y es justamente en la lejana y antigua ciudad de Cádiz donde se pone por primera vez de manifiesto. Allí se diseñan las líneas maestras de actuación de un conflicto armado cuyo desenlace marcará la pauta de la nueva orientación política del mundo mediterráneo.

El pronunciamiento a favor de Herakles/Melqart es el signo más destacado de la campaña ideológica que orquesta Aníbal contra Roma. Será un senador romano, miembro de una de las más prestigiosas familias patricias de la ciudad, el que acometerá la tarea de contrarrestar la ofensiva ideológica cartaginesa. Quinto Fabio Pictor esboza el primer tratado de historia contemporánea escrito por un autor romano, pues esta materia hasta entonces era privativa de la erudición griega, y en la misma relata el conflicto de Aníbal con Roma utilizando el idioma griego para publicar su obra, que impregna de argumentos justificatorios de la actuación romana. No escribe en latín porque a los propios compatriotas no hace falta convencerles, son las élites dirigentes del mundo griego occidental (hay ciudades helenas en Hispania, Galia, Sicilia, Italia y África) a las que apela Quinto Fabio Pictor, pues parece ser que muchas de ellas acogieron con buenos ojos el mensaje de Aníbal.²⁰ La reacción romana evidencia a Aníbal como hábil experto en el arte de la diplomacia y captación de voluntades. Los dardos que lanzó por primera vez en la milenaria ciudad fenicia de Cádiz dieron en el centro de la diana.

19. HUTTNER, U., "Die politische Rolle der Heraklesgestalt im griechischen Herrschertum", en: *Historia-Einzelschriften* 112, Stuttgart 1997, 86-123.

20. Véase BUNG, P., FABIVS PICTOR, Q. *Der erste römische Annalist*, Colonia 1950.

Desde que pisaran el territorio hispano, los Bárquidas tuvieron buen cuidado de legitimar sus pasos.²¹ Sus realizaciones quedan plasmadas en una serie de monedas acuñadas en el sur de Hispania, especialmente en las cecas de Cádiz y Cartagena, durante las décadas de los años 30, 20 y 10 del III siglo a. C. Se trata del principal testimonio contemporáneo disponible. El análisis de su contenido nos permite evaluar los mensajes que las monedas transmiten. Casi la totalidad del material numismático muestra la efigie de una figura masculina y en sus reversos aparecen símbolos típicos de las emisiones púnicas, tales como palmera, caballo parado, elefante, o proas de barco. Respecto a la valoración de la iconografía se discutió largamente si los rostros nos muestran retratos de los Bárquidas o mas bien deidades como sugieren los atributos que les rodean: piel de león, bastón hercúleo, etc. A mi parecer, aunque todo apunta a ver en las figuras de las monedas bárquidas representaciones de dioses del panteón púnico-griego, entre los que sobresale Melqart/Herakles, la distinción entre personajes divinos o humanos es secundaria. Fuera del hecho de que la Antigüedad desconoce la distancia abismal que separa la esfera divina de la humana, no es nada descabellado suponer que al acuñar monedas siguiendo el patrón helenístico, los Bárquidas invitaban a la ambigüedad. Ateniéndonos a esta línea de interpretación es fácil descifrar la línea de gobierno que las monedas proclaman. Los Bárquidas, al igual que Herakles, al frente del estado hispano-cartaginés resaltan su capacidad resolutive equiparándose con la deidad que lo simbolizaba.²² La conquista de Hispania es definida por sus protagonistas como epopeya hercúlea. La voluntad de conservar los logros alcanzados y defenderlos contra cualquier impugnación con energía y tenacidad es el programa iconográfico que las diferentes emisiones transmiten a sus usuarios. El culto de Melqart/Hércules, canalizado por la propaganda púnica como símbolo de la victoria, constituirá el arma ideológica más expresiva y eficaz del imperialismo bárquida.²³

Como la mayoría de los más excepcionales figuras del mundo helenístico también Aníbal establece una relación especial con un dios concreto o un determinado grupo de dioses cuya invocación permite subrayar los más característicos rasgos de su personalidad y actuación pública. El acercarse a una determinada deidad propiciaba poner en marcha un complejo proceso de intercambios, iniciaba una serie de apropiaciones, equiparaciones o identificaciones mutuas. Poderes divinos adornaban a los

21. BARCELÓ, P., "Beobachtungen zur Entstehung der barkidischen Herrschaft in Hispanien", en: *Studia Phoenicia X* 1989, 167 ss.

22. VIVES ESCUDERO, A., *La moneda hispánica*, Madrid 1926, láms. IX-X, LXXIV-LXXVII, LXXXI-LXXXIII; PICARD, C., G. CH., *Hercule et Melkart, Hommages à Jean Bayet*, Bruselas 1964, 568-578; GROTANELLI, C., "Santuari e divinità delle colonie d'Occidente", en: *La religione fenicia. "Matrici orientali e sviluppi occidentali"*, en: *Atti d. Colloquio die Roma* 1979, Roma 1981, 109-133; BONNET, C., "Le dieu Melqart en Phénicie et dans le bassin méditerranéen: culte national et officiel", en: *Studia Phoenicia III* 1983, 195-207.

23. LÓPEZ CASTRO, J. L., *Hispania Poena*, 82.

humanos que se relacionaban con sus depositarios. Por otra parte el escenificar hechos inéditos nobilitaban a la deidad que los patrocinaba.

Este era el caso concreto del plan de campaña de Aníbal: llevar por vía terrestre un ejército desde Hispania a Italia para decidir la guerra allí, era algo parecido a escenificar una gesta hercúlea, plena de audacia y riesgo. La magnitud del empeño hacía recordar la marcha de Alejandro Magno hacia oriente realizada igualmente sobre una enorme masa territorial, girando en torno a un aguerrido ejército guiado por un carismático general dispuesto a todo.

La pretensión de querer librar la guerra en terreno enemigo era, ante todo, y debido a las peculiaridades geopolíticas, un planteamiento brillante. Si a ello se sumaba el factor sorpresa, el descabellado intento podía convertirse en una exitosa realidad. De una manera similar debía pensar Aníbal al concebir su extraordinario proyecto. La victoria cartaginesa dependía ante todo de la concienzuda puesta en práctica de las previsiones estratégicas. Nada debía fallar, todo tenía que funcionar a la perfección. El requisito imprescindible lo formaba una esmerada preparación que no dejara nada a la improvisación y tuviera de antemano en cuenta posibles reveses para subsanarlos rápidamente en cuanto éstos acontecieran. Antes que nada urgía poner en funcionamiento un complejo aparato logístico capaz de transportar, alimentar y proporcionar vía libre al ejército en su marcha por Hispania, Galia e Italia. Mensajeros cartagineses se apresuran en concertar tratados de amistad con los pueblos que habitaban a lo largo de la ruta prevista. Unidades especiales de ingeniería militar se encargan de facilitar el acceso al ejército en regiones o parajes inhóspitos. Un cuerpo de intendencia enviado con antelación se preocupa de establecer vías de suministro, erige almacenes para deponer víveres, armas, forraje y pertrechos en los puntos neurálgicos del trayecto. Embajadores púnicos se ocupan de atraerse a los pueblos celtas de la cuenca norte del Po, tradicionales enemigos de Roma, hacia la causa de Aníbal.

Iniciativas de este tipo adquieren durante los primeros meses del año 218 a.C. carta de naturaleza. Desde su cuartel general de Cartagena, Aníbal las inspira y coordina imprimiéndoles su inconfundible sello personal. A la movilización logística y diplomática se le va a añadir ahora un fuerte componente propagandístico. Ha llegado el momento en que Aníbal, en medio de los preparativos de la guerra, se dirige a Cádiz al santuario de Melqart para hacerla estallar en medio mundo mediterráneo. Al implorar la ayuda del dios fenicio-griego Melqart-Herakles, Aníbal formulaba una propuesta de alianza a todos los enemigos de Roma sirviéndose del manto protector de esta deidad invocada como vínculo y punto de referencia ideológico común. Emulando los trabajos de Hércules y compárandose a Alejandro Magno, Aníbal ensalza su proyecto de guerra y lo eleva a la altura de una gesta dotada de la aprobación divina y planteada como desquite contra la altanera Roma. Durante toda su campaña, Aníbal siempre llevará una estatuilla

de Hércules que ya perteneció a Alejandro Magno, ganándose con ello la simpatía del mundo griego que no tardará en prestarle apoyo (Macedonia, Siracusa, Tarento). Arropado de una elocuente orquestación ideológica, Aníbal asume desafiar a Roma. Actúa en nombre propio, como representante de Cartago, así como valedor de todos aquellos que tenían cuentas pendientes con Roma. Son de manera especial estos últimos a quienes Aníbal exhorta a cerrar filas para equilibrar conjuntamente la balanza geopolítica en el Mediterráneo occidental que en su opinión estaba excesivamente inclinada a favor de Roma.

Al prestar sus votos en el templo del Melqart gaditano, Aníbal pone ostensiblemente su expedición bajo el manto protector de una deidad altamente popular. En el transcurso de la empresa y en la medida que se sucederán sonadas victorias, este vínculo divino, es decir la convicción de servir a una causa justa, plenamente avalada por la voluntad de los dioses, se irá acentuando más. Sirva como prueba de ello, la ejecución de plegarias por parte del ejército de Aníbal antes de la batalla de Cannas, en las cuales, los cartagineses dan gracias por anticipado a los dioses que habían logrado traer a las legiones romanas a un terreno desfavorable para ellas.²⁴ Otro ejemplo lo tenemos atestiguado en el texto del tratado estipulado entre Aníbal y Filipo V de Macedonia, documento oficial, que nos revela la concepción ideológico-religiosa de la empresa de Aníbal: hombres y dioses contraen una alianza, se asocian y se apoyan mutuamente para vencer a su temible adversario.²⁵

Aníbal quiere agobiar a su enemigo en todos los terrenos para impedir que éste pueda ejercer la iniciativa de la guerra. En el centro de esta estrategia se inserta la búsqueda de nuevos aliados fuera de Italia para estrechar el cerco de Roma y obligarla a batirse en más frentes.

Uno de los potenciales enemigos de Roma, posiblemente el más poderoso de todos, es Filipo V de Macedonia. Hacía tiempo que estaba enojado con los romanos porque éstos no desperdiciaban ninguna ocasión de intervenir en la región ilírica-dalmantina. Filipo V valora negativamente esta actitud que considera como una intromisión en la tradicional zona de influencia de la monarquía macedónica. Es por eso que, en el cénit de los éxitos cartagineses en Italia, se llega a la conclusión de un tratado de amistad y cooperación entre Aníbal y el rey de Macedonia, ratificado por los miembros del consejo de Cartago presentes en la ceremonia de juramento en el campamento cartaginés de Capua. La cláusula más importante del acuerdo es la promesa de apoyo mutuo en la guerra contra Roma. Mediante esta nueva alianza, un gran estado territorial griego del Mediterráneo oriental entra a formar parte de la coalición antirromana que Aníbal siempre había anhelado confeccionar. Al mismo tiempo se cumplen las aspiracio-

24. POLIBIO III 111, 3.10.

25. POLIBIO VII 9.

nes cartaginesas de abrir un nuevo frente contra Roma en la ribera adriática que sirva para fraccionar el potencial militar romano. Aunque Filipo V no ejerce una beligerancia activa, la hostilidad de Macedonia obligará a Roma a distraer fuerzas que bien hubieran podido ser empleadas directamente contra Aníbal o en Hispania o contra Cartago.

A través de Polibio (VII 9) nos enteramos del contenido del tratado cuyos párrafos nos dan cuenta de la siguiente situación: "Los cartagineses serán enemigos de los que hagan al guerra al rey Filipo, a excepción de los reyes, las ciudades y los linajes con los cuales tengamos juramento de amistad. Vosotros, los macedonios, seréis también aliados en esta guerra contra los romanos, hasta que los dioses nos cedan a todos la victoria. Nos ayudareis como convenga, en la forma que acordemos. Y si los dioses hacen que esta guerra que hacemos todos contra Roma y sus aliados la acabemos con buen éxito y ellos buscan nuestra amistad, accederemos, pero de manera que esta amistad valga también para vosotros, y así no les sea nunca lícito declararos la guerra, ni dominar Corcira, ni Apolonia, ni Epidauro, ni Faros, ni Dimale, ni Partino, ni Atintania. Restituirán a Demetrio de Faros sus amigos que ahora se encuentran en poder de los romanos. Y si éstos os declaran la guerra, o nos la declaran a nosotros, nos ayudaremos mutuamente, según precisemos unos y otros. Y también si la declaran a terceros, a excepción de aquellos reyes, ciudades o linajes con los cuales tengamos juramento de amistad. Y si nos parece necesario añadir o suprimir algo de este juramento, lo suprimiremos o añadiremos, según parezca bien a las dos partes."

El acuerdo estipulado entre Cartago y Filipo V de Macedonia en el momento de máximo apogeo de las armas cartaginesas (215 a.C.) es el único documento contemporáneo del que tenemos constancia que nos permite sacar conclusiones sobre las metas políticas de Aníbal.²⁶ Como el texto del tratado demuestra, Aníbal no pretende borrar a Roma del mapa político, ni siquiera parece querer romper su hegemonía sobre una parte del territorio itálico. Tampoco se opone a la evidente existencia de un poderoso estado romano. Lo que Aníbal sí quiere evitar a toda costa es la preponderancia romana sobre el Mediterráneo occidental de la que tan mal sabor de boca tenían los cartagineses, al recordar por ejemplo la incautación de Sicilia y el rapto de Cerdeña. Los planteamientos de Aníbal no se orientan a generar un todopoderoso imperio cartaginés que anulara la existencia política de sus rivales. En la propuesta de Aníbal salta a relucir la idea de un sistema de soberanía compartida entre estados más o menos comparables. Observamos un intento de adaptación del sistema político helenístico que desde hace un siglo impera en los países de la cuenca del Mediterráneo oriental. Las monarquías recortadas de la extensa y por ello ingobernable

26. Referente a las diversas apreciaciones que suscita la discusión del tratado estipulado entre Aníbal y Filipo V de Macedonia, véase SEIBERT, J. *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt 1993, 158-162.

masa del imperio de Alejandro Magno (Macedonia, Siria, Egipto) se contrarrestan entre sí e impiden la formación de un estado hegemónico que las pueda subyugar.

Tal y como apreciamos, las concepciones políticas de Aníbal, impregnadas de pragmatismo, distan mucho de estar enturbiadas por el embriagador efecto de sus recientes triunfos. Su nota predominante, la constituye una visión clara del futuro, así como un análisis realista de los propios recursos y de los del enemigo.

Si bien la alianza entre Cartago y Macedonia incrementa notablemente el prestigio de Aníbal en el mundo griego, mucho más espectacular aún es el giro que se produce en Siracusa, la secular enemiga de Cartago, al pasarse al bando de Aníbal. En verano del año 215 a.C. fallece Hierón de Siracusa, quien desde comienzos de la primera guerra púnica (264 a.C.) había abrazado la causa de Roma, permaneciendo fiel a ella durante el transcurso de su largo reinado. A raíz de las luchas internas que estallan para rellenar el vacío de poder ocasionado por la desaparición del longevo monarca, Jerónimo logra ocupar el trono siracusano. El nuevo rey de Siracusa no esconde su simpatía por Aníbal. Éste, siempre bien informado de lo que sucede en Siracusa manda a la metrópoli griega de Sicilia a dos próceres siracusanos que sirven en su ejército, los cuales están en posesión de la ciudadanía cartaginesa para intensificar las negociaciones en favor de una alianza antirromana y procurar atraerse a los enemigos de Roma hacia la causa de Cartago. Al cabo de una serie de convulsiones internas y peleas ciudadanas, en cuyo transcurso cae el joven rey (verano del año 214 a.C.), Hipócrates y Epícles, los agentes de Aníbal, logran adquirir una influencia decisiva y merced a ella movilizan el potencial militar siracusano contra Roma.²⁷

Sicilia, la plataforma natural del desembarco romano en el litoral africano, queda seriamente amenazada por la defección de Siracusa. Además, la ciudad puede brindar a la flota púnica el disfrute de un excelente puerto-escala, valiosísimo baluarte de apoyo para las operaciones del ejército de Aníbal concentrado por aquel entonces en la Italia meridional. Sin demora alguna, Roma se apresura en estacionar nuevas legiones en Sicilia y redobla los esfuerzos para acotar las consecuencias negativas que conlleva la pérdida de una ciudad estratégicamente tan importante. Nace un nuevo frente y Roma se ve obligada a recuperar Siracusa para conservar el control de la isla, tan vital por la cantidad de cereales que suministra a Italia.²⁸

Las alianzas con Macedonia y Siracusa, también Tarento la gran metrópoli de la Magna Grecia se sumará a la empresa, prestigian el ataque cartaginés a Roma, que a partir de ahora se convierte en una empresa

27. MARCHETTI, P., "La deuxième guerre punique en Sicile: les années 215-214 et le récit de Tite Live", en: *Bulletin de l'Institut belge de Rome* 42 (1972) 6 ss.

28. Sobre los sucesos en el campo de batalla siciliano, véase SEIBERT, J., *Forschungen zu Hannibal*, 285 ss.

global respaldada por potencias de gran renombre. Los vínculos entre los nuevos aliados no se estrechan en primera línea para consumir un proyecto claramente definido, sino más bien por los análogos sentimientos de animadversión contra Roma.

A pesar de sufrir serios reveses, Siracusa sigue firme en su propósito de independizarse de Roma y permanece por ello adicta a la causa de Cartago. Su espíritu de resistencia está siendo avivado por un ciudadano siracusano portentoso, extraordinario prodigio de la física, de las matemáticas, de la hidráulica, de la mecánica, etc., ya considerado por sus contemporáneos como uno de los más grandes talentos universales: Arquímedes. Merced a los artefactos contruídos según sus instrucciones, así como mediante un ingenioso sistema de defensa diseñado por él, las tropas romanas se ven, una y otra vez, repelidas en sus intentos de tomar la ciudad.²⁹ ¿Puede considerarse mera casualidad que Aníbal, el inspirado estratega se encuentre alineado al lado del genial científico Arquímedes en la lucha contra Roma? Posiblemente esta conjunción de energía y espíritu, de política y erudición, de poder y sabiduría, refleje de manera paradigmática la unidad de acción de todos aquellos que se sienten profundamente escépticos ante los proyectos hegemónicos de Roma.

En la primavera del año 211 a.C. las tropas de Marco Claudio Marcelo logran por fin, gracias a la negligencia de los defensores y a la traición, ocupar el perímetro amurallado ("epipolae") de la ciudad, considerado como inexpugnable. Por última vez, los cartagineses hacen todo lo posible para socorrer a sus aliados siracusanos. Al volver a fracasar en este empeño, la caída de Siracusa en manos del ejército romano es inevitable. Marco Claudio Marcelo rompe la abnegada resistencia y penetra en el interior de la ciudad. El siguiente saqueo se cobra una infinidad de víctimas. Arquímedes será una de ellas. Según los relatos que poseemos sobre el fin del genial científico, este aconteció en medio de una situación paradigmática, fiel reflejo de su vida: enfrascado en la resolución de un problema de geometría, Arquímedes no presta atención al soldado romano que le quiere apresar y le ejecuta al desoír su requerimiento. Marco Claudio Marcelo profundamente afectado por el percance, hace castigar al instigador de la muerte del insigne erudito, gloria de Siracusa.³⁰ El botín que los romanos extraen de Siracusa es de una variedad sensacional. Además de una multitud de prisioneros que pasarán a la esclavitud, de metales preciosos y mercancías de toda clase, los romanos se apoderan de innumerables obras de arte griego de una calidad suprema y de incalculable valor. Una gran parte de ellas (esculturas, pinturas, columnas, etc.) servirá para adornar Roma y alentar el interés de sus clases dirigentes por la cultura griega, sinónimo de refinamiento y prestigio.³¹

29. POLIBIO VIII 5-9.

30. LIVIO XXV 31, 9; PLUTARCO, *Vida de Marcelo* 19.

31. PLUTARCO, *Vida de Marcelo* 21.

Si resumimos los múltiples contactos que mantiene Aníbal con la civilización griega, y en la exposición precedente sólo han podido ser consignados algunos de ellos, podemos constatar varias tomas de postura así como diferentes fases las cuales reflejan, cada una a su manera, marcados capítulos de su agitada vida pública. La primera de ellas aparece directamente condicionada por la situación que impera en Cartago durante el siglo III a.C., caracterizada por un denso proceso de aculturación fomentado por las corrientes civilizadoras helenísticas. Las intensas relaciones existentes con las ciudades griegas de Sicilia y de la Magna Grecia, las influencias recibidas a través del helenizado reino de los Tolomeos de Egipto o de la misma Grecia, se hacen sentir en toda la sociedad cartaginesa, especialmente en el seno de sus clases dirigentes. Como tantos otros nobles púnicos, también Aníbal será educado por un preceptor griego. El historiador espartano Sósilos no es el único intelectual heleno implicado personalmente y de forma intensiva con Aníbal. Es de suponer que si dispusiéramos de las fuentes griegas desaparecidas y favorables a la causa cartaginesa, conoceríamos a una amplia gama de personajes griegos afincados en su entorno.

Al margen de toda una serie de elementos personales también se van desarrollando un sinfín de relaciones estructurales. Como hemos podido observar a través de los ejemplos aducidos, Aníbal inicia su carrera político-militar siguiendo modelos de actuación propios del mundo helenístico. Estos adquieren una virulencia especial al momento de orquestar una línea política plena de audacia y ambición que le llevará al igual que hicieron los Diadocos a ampliar el horizonte político de Cartago. Le vemos como si fuera un monarca helenístico acuñar monedas, fundar ciudades y preparar un conflicto armado de excepcional magnitud. Es precisamente durante el curso de la gran guerra desatada entre Aníbal y Roma, cuando el estratega púnico consigue sus mayores éxitos diplomáticos al lograr movilizar a un respetable número de estados griegos contra la primera potencia de Italia. Prestigiosos nombres como Filipo V de Macedonia, Jerónimo y Arquímedes de Siracusa o Antioco III, prócer de la monarquía seléucida, se convierten en sus aliados. Visto desde un panorama general, obtenemos la impresión que medio mundo griego cierra filas en torno a Aníbal apoyándole incondicionalmente en su lucha contra Roma. La cooperación de un gran número de estados griegos es fruto de una concienzuda preparación ideológica y política. Ambas partes se consideran amenazadas por las ambiciones de un todopoderoso y potencial enemigo común.³²

La última fase de la biografía de Aníbal estrechamente relacionada con Grecia es producto de su forzado exilio. Obligado a abandonar Cartago, Aníbal intenta sustraerse del acoso romano desplazándose a la ribera me-

32. Tampoco hay que desestimar que una serie de importantes estados griegos (Marsella, Nápoles, Reggio) permanecen fieles a la causa romana, lo que nos viene a demostrar las limitaciones del llamamiento de Aníbal que por supuesto no pudo convencer a todos.

diterránea oriental, donde goza de aliados y simpatías. Encuentra una hospitalaria acogida en el reino seléuquida, participa en su lucha contra Roma y al fracasar, vuelve a aceptar las ofertas de protección que el mundo cultural griego le sigue haciendo hasta que sucumbe, víctima de la tenaz e implacable persecución romana. Sus dilatadas estancias en la Magna Grecia y en los países helenizados del Asia Menor contribuyen sin duda a fortalecer los lazos políticos y culturales existentes entre los familiarizados mundos púnico y griego. La biografía de Aníbal, insertada en el centro de gravitación de ambas esferas, nos puede servir de paradigma y punto de referencia para su mejor recíproca comprensión.